

■ PLAZA DOMINICAL

Miguel Angel Granados Chapa

■ Alianzas partidarias

■ Diálogo con el gobierno

Baja California servirá para concretar varios procesos en curso en la política nacional. Será preciso comprobar, por un lado, si los empresarios priístas actúan en verdad como miembros de ese partido, después de que se les puso ante los hechos consumados de escoger una candidata que tiene más relación con la base partidaria que con ellos. Habrá que ver, también, de qué alcance son las alianzas entre los partidos, sea de los que están en la oposición entre sí, sea de algunos grupos formalmente fuera del gobierno con este mismo

Viene de la 1

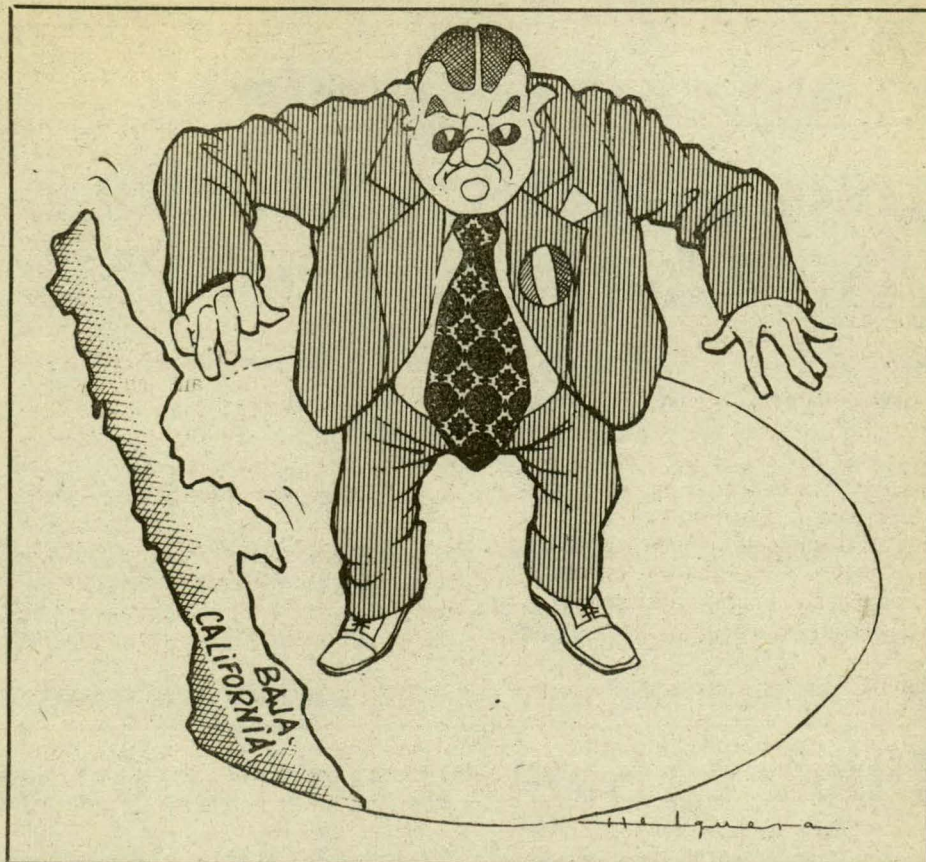
Margarita Ortega de Romo es la candidata del partido gubernamental. Es claro que el mecanismo para su selección fue el mismo tradicional. Se utilizó el *dedazo*, y el Presidente Salinas y el presidente Colosio resolvieron que ella encarara el arduo problema de ganar la elección, que no es tan imposible como se hace creer, pero no será un paseo dominical tampoco.

Sin que pierda su carácter atávico, es clara la diferencia entre la decisión de Salinas y las que a su turno practicaron los presidentes De la Madrid, López Portillo y Echeverría. Cada uno, a su turno, hizo cónsul a Incitatus, Calígulas todos ellos apenas diferenciados por rasgos del estilo. El general Hermenegildo Cuenca Díaz suscitó tal oposición que incluso pudo haber surgido en 1976 una escisión en el partido oficial. Fue, sin embargo, peor la selección hecha por López Portillo, una de cuyas principales debilidades aparecía en el momento de hacer gobernadores. Roberto de la Madrid no tenía más mérito ni historial para llegar al cargo que antiguas vinculaciones con el entonces recién llegado Presidente, y mostró con creces cuán caro pagan los ciudadanos un capricho de ese género. La historia se repitió cuando De la Madrid cobijó las aspiraciones de Xicoténcatl Leyva Mortera, inescrupuloso gobernante a quien ahora se ha confiado una responsabilidad financiera en Nueva York, donde junto con el cónsul Agustín Barrios Gómez pondrá muy en alto el nombre de México.

La senadora Ortega de Romo, en cambio, es una mujer irreproachable, y una política tesonera. Militante desde sus años juveniles, ha sido dirigente femenil sin ignorar las ambigüedades y limitaciones que revela la existencia misma de un sector donde se confina a las mujeres. En el cuadro de los precandidatos posibles, satisfacía como nadie los requisitos de arraigo, honorabilidad, dedicación, que son exigibles en quien aspira a gobernar una entidad, especialmente una preñada de dificultades como Baja California. Será una buena candidata, aunque ello no implique necesariamente que sea buena gobernadora, lo que está sujeto a la prueba de los hechos, porque su experiencia administrativa es breve y circunscrita a aspectos casi asistenciales.

La promoción de la causa de las mujeres en la política recibirá, con esta decisión del PRI, un impulso notable. Con un criterio mecanicista, simplificador, se ha querido explicar las designaciones de la profesora Griselda Alvarez en Colima y Beatriz Paredes en Tlaxcala por la presunta facilidad política de gobernar entidades pequeñas, y sin conflicto. La argumentación no es sostenible, y lo será menos en el caso de la senadora (ya con licencia) Ortega de Romo, pues para llegar a la gubernatura de su entidad natal deberá salir adelante en unas elecciones que se adivinan intensas y aun riesgosas.

El Partido de Acción Nacional ha designado ya su candidato, y resolverá la próxima semana las eventuales alianzas que pueda establecer con otras fuerzas en la entidad, si es que antes sus presuntos coaligados no llegan a acuerdos que serían más com-

CAMBIO DE PODERES ■ Helguera

prensibles dada su anterior vinculación aunque no lo serían si se atiende a la disensión que está surgiendo entre ellos, en Baja California y en ámbitos más amplios.

Es pertinente detenerse un momento en esta cuestión de las relaciones de los partidos entre sí y con el gobierno. En su estrategia defensiva, por ejemplo, el Partido del Frente Cardenista de Reconstrucción Nacional reduce las cosas al absurdo, y presenta a sus impugnadores como intolerantes que niegan la posibilidad y aun necesidad de actuaciones conjuntas con el gobierno, y aun el diálogo con él y su partido. Es una falacia afirmar que por moralina se vuelve condenable la vinculación con personajes e instituciones gubernamentales. Lo censurable en el Partido del Frente es su oportunismo, el sigilo con el que procede, el engaño de que con ello hace víctimas a sus militantes y a sus aliados. Todo el mundo entiende que aun partidos de acentuada rivalidad puedan en un cierto momento entrar en acuerdos. En Alemania Federal funcionó durante años la Gran Coalición de los dos mayores partidos, el Social Demócrata y el Demócrata Cristiano. Pero la condición para que una alianza no sea con tubernio se resume en una palabra: transparencia, tanto en lo que concierne a los fines como en lo que hace a los procedimientos para llegar a ella.

En el caso particular de México, además, se debe tener presente el carácter de partido del Estado que es propio del PRI. Ese dato matiza todas las nociones de vinculación política. Los anuncios de modernización del PRI no han tenido aún concreción en la realidad. Sigue siendo el partido del gobierno y, más todavía, como lo dijo con énfasis el líder nacional priista, el partido del Presidente. Cómo se relacionan entonces partidos que buscan el poder con el poder mismo, es tema que no puede resolverse en conciliábulos, sino obedecer a planteamientos explícitos y discutidos.

Tampoco son, en consecuencia, antinaturales las alianzas que se suponen todavía posibles en Baja California, y que englobarían a partidos de izquierda y de derecha. No es ya viable una gran coalición opositora, pero tampoco sería aberrante si el propósito fijado fuera el de derrotar al PRI, objetivo al que no habría que tildar de enfermizo, pues frente a un adversario extremadamente poderoso, como lo ha sido por diversas razones el partido oficial, se explica que se desplieguen todos los recursos legítimos para batirlo.

Una cosa es clara: la imposible unión de las oposiciones no dará automáticamente el triunfo al PRI. Si bien la observación de las cifras electorales de 1988 conduce a suponer, si se proyectan simplemente esos números, un reparto de los votos que favorece al PRI, habría que preguntarse en qué medida las tradicionales distorsiones del voto modificaron los guarismos electorales de entonces, y qué medida ahora ya no será posible acogerse al efecto de esas deformaciones. No hay que olvidar que en más de un momento Acción Nacional puso en jaque al PRI, y que si no fue del todo claro el triunfo de don Salvador Rosas Magallón en las elecciones estatales de 1959, no hay en cambio duda de los triunfos panistas en tres de los cuatro municipios en las elecciones de 1968.

Los partidos que hasta ahora formaron el Frente Democrático Nacional están en el hervor de la toma de decisiones, que serán cruciales, pues no se referirán sólo a unos comicios, ya de suyo importantes, sino al proceso de su existencia misma. Hay idas y venidas en un sector, concentrado en el PMS y la Corriente Democrática, sobre la eventual alianza con el PAN. Los otros partidos, los antiguos, reactualizados como paraestatales, rehúsan esa conexión y se aprestan a lanzar una candidatura extraña, justificada sólo por el cálculo que prevé dividir al PRI. Se trata de un redivivo Celestino Salcedo Monteón, que hasta hace poco encabe-

zaba una de las dos fracciones de la liga de comunidades agrarias en la entidad, reflejo de la descomposición política favorecida por el desgobierno de Leyva Mortera.

Salcedo Monteón nació en Ocotlán, Jalisco, el 26 de julio de 1935, aunque era muy niño cuando su padre, el dirigente campesino Pedro Salcedo Rivera, se asentó en Mexicali, donde contribuyó a la fundación de la liga agraria. Profesor rural, técnico en agricultura en Navojoa y agrónomo en la escuela Antonio Narro de Saltillo, Salcedo Monteón dirigió esa misma liga durante la década entera de los sesentas, época en la que llegó por primera vez a la Cámara de Diputados (1967-70), en donde se vinculó con Augusto Gómez Villanueva, a cuyo lado tuvo los momentos estelares de su actuación así administrativa como política.

Gómez Villanueva, en efecto, le dio responsabilidades en el antiguo Departamento de Asuntos Agrarios y Colonización, lo hizo diputado de nuevo en 1973 y senador en 1976 y lo impulsó al máximo liderazgo en la Confederación Nacional Campesina. La estrella declinante de su patrocinador fue también la señal del decaimiento político de Salcedo Monteón, quien después de algunos infortunios se retiró al ejido de Mexicali en que es titular de una parcela, y desde donde recientemente había asumido de nuevo la dirección de la agrupación campesina estatal. Cuando el nuevo gobierno federal resolvió poner orden en los desarreglos bajacalifornianos causados por Leyva Mortera, Salcedo Monteón fue desplazado y remitido otra vez al retiro político, de donde una imaginativa jugada quizá lo saque para ponerlo, priista al frente de ex antipriistas o criptopriistas, al frente de un segundo flanco de la oposición.

Otro miembro de la partida agrarista comandada por Gómez Villanueva, Víctor Cervera Pacheco, ocupante hoy de la silla que llenó don Augusto en la Secretaría de la Reforma Agraria, tuvo esta semana doble foro para hablar de una presuntamente nueva etapa de ese proceso rural. La segunda fue ayer, en Pachuca (segundo informe de don Adolfo Lugo Verduzco) donde incurrió en la descortesía habitual de los enviados presidenciales, que *roban cámara* a los gobernadores a los que visitan, en una muestra más del centralismo inextirpable que padecemos. Por lo demás, sus tesis habían sido ya expuestas en su primera tribuna de esta semana, el Programa Nacional de Concertación Agraria, vertiente administrativa del congreso agrario permanente, cara política de la búsqueda de consensos que caracteriza al menos verbalmente a esta administración.

Aparte las metas productivas y de política campesina propiamente dicha, ese programa y ese congreso tendrán que encarar el escollo de la producción de narcóticos, que crece hasta convertirse en el principal problema del campo, tema por tanto de política y economía y no sólo judicial y policiaco. La matanza de productores y traficantes en Sonora, y en Arizona, son punta de un iceberg que puede hundir la frágil embarcación en que nos hallamos.